

TRADUCCION Y RELIGION

SEVERO SARDUY

DESCENDIENTE de una familia de letrados de Ho-nan, Hiuan-tsang entró a los doce años, como novicio, a un monasterio de Lo-yang a donde unos siglos antes, en el 66 de nuestra era, dos monjes indios habían traído algunos libros que se tradujeron al chino. Fue entonces que se construyó en Lo-yang el primer monasterio budista, el del caballo blanco, en homenaje al que, según la leyenda, había transportado los preciosos manuscritos.

Versado en especulaciones teóricas, pero descontento con las traducciones chinas, Hiuan-tsang decidió partir, como tantos otros estudiosos, y también como un mono, hacia el occidente, a buscar los textos originales, entre otros, el *Tratado de las Diez y Siete Tierras*, del cual se habían traducido algunos fragmentos y que elucidaba la práctica del yoga.

El emperador de entonces prohibía que se saliera de China sin su autorización. El monje huyó por la Puerta de Jade. En dos años llegó al valle del Indus; pasó doce recorriendo la India, coleccionando los textos que conservaban el eco de un sermón pronunciado ante las gacelas de un parque. Volvió a China por el mismo lugar por donde había salido y desde allí suplicó perdón al mismo emperador cuyas órdenes, quince años antes, había violado. Fue recibido con banderas esplendentes y música de fiesta. El emperador escuchó el relato del viaje y propuso al monje... un ministerio, que éste, con alambicadas cortesías, rechazó, para dedicarse a la tra-

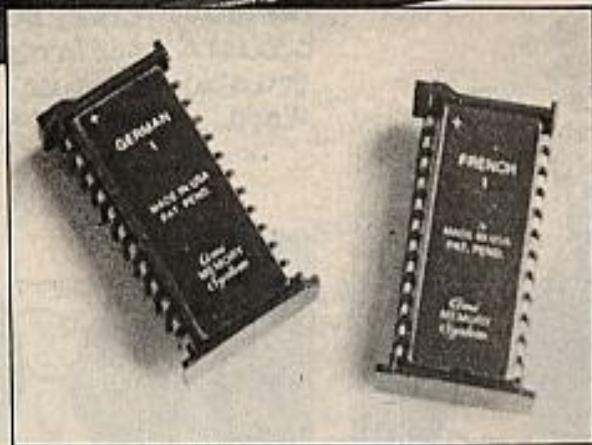
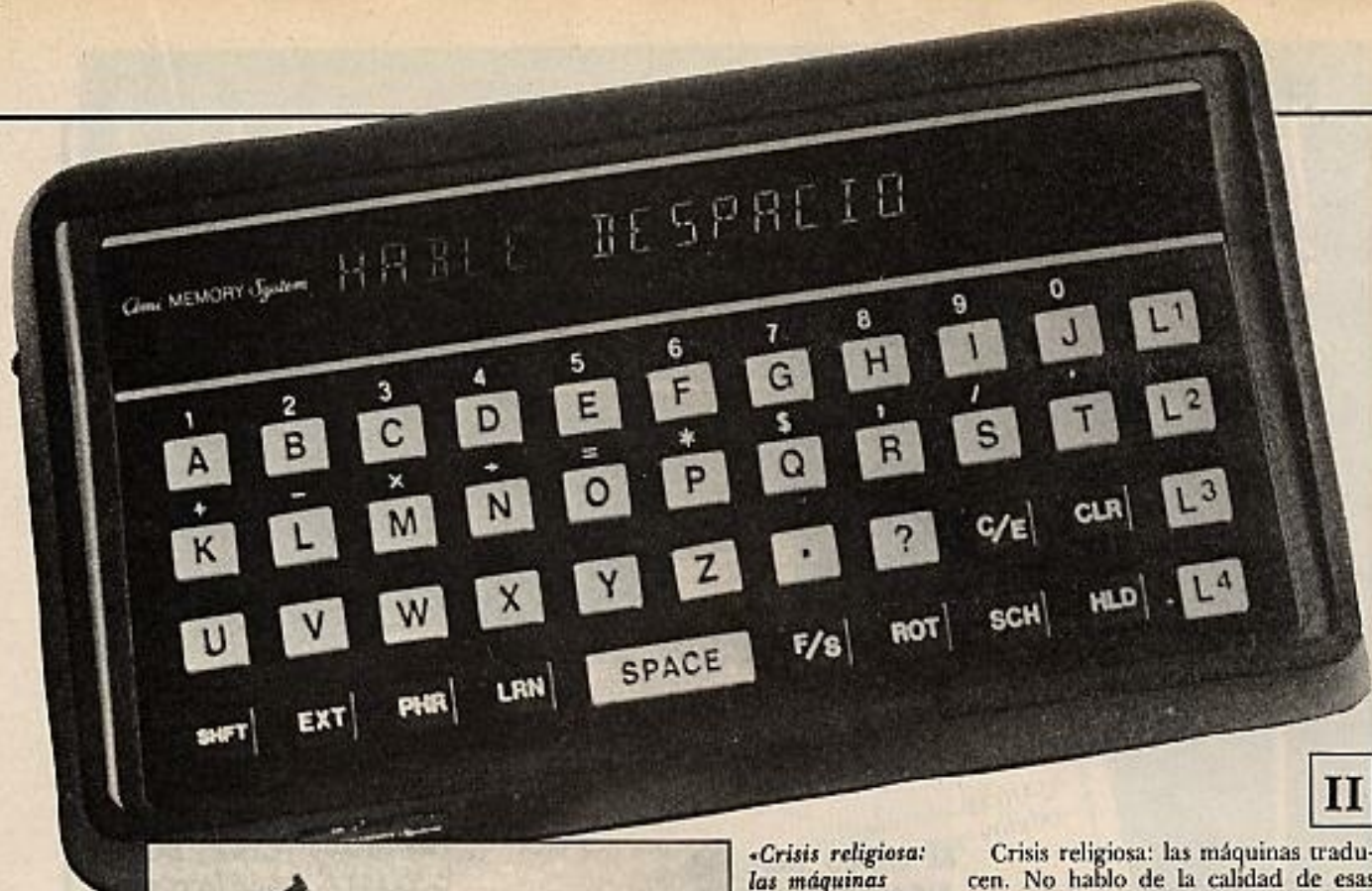
ducción de las seiscientos cincuenta y siete obras que había traído, en parte desde Nalanda, en una caravana de veinte caballos. Pasó veinte años traduciendo setenta y cinco de los textos más importantes del budismo. Un equipo de monjes y secretarios lo ayudaba a traducir y a copiar. Sus traducciones ocupan mil trescientos noventa rollos.

Si de todos los traductores célebres,

desde San Jerónimo hasta mí, he escogido a éste, de la dinastía Tang, que volvió a China en 645, es porque su vida es emblema del acto de traducir en lo que parece constituirlo:

Desplazamiento: el traductor desplaza la palabra en el espacio, de Nalanda a Lo-yang o de París a New York, pero desplaza, sobre todo, un *sentido*, que mantiene intacto a través de las adversidades, como si lo transportara





II

«Crisis religiosa: las máquinas traducen, pero casi siempre parecen obra de maniáticos».

Crisis religiosa: las máquinas traducen. No hablo de la calidad de esas traducciones, que casi siempre parecen obra de maniáticos o morones, sino del acto simbólico que consiste en confiar a la impertinencia de un aparato el manejo del sentido. ¿Cuál sería la actitud del autor-traductor ante esa intromisión? Apelo, para definirla, al arte que siempre precede a los otros: la pintura.

Durante mucho tiempo se pensó que la «respuesta» del lienzo a la cámara fotográfica era la abstracción. El pintor rechazaba figurar, representar: delegaba esos méritos a la Kodak. Esa interpretación funcionaba demasiado bien para ser cierta: la respuesta de la pintura a la foto iba a surgir mucho más tarde con el actual hiperrealismo americano. No se trata de ir en sentido contrario a la foto, sino «pagándole con su propia moneda», ir en su mismo sentido, pero más lejos y de lado. Llegar, en la representación, hasta la nitidez obsesiva, hasta el detalle ínfimo o alucinante; ir más allá: barajar, superponer la imagen a sí misma, hacerla *plus vraie que nature*, minuciosa hasta la compulsión.

Los hiper-realistas trabajan a partir de fotos: el cuadro las sintetiza, las revela y las desdice: reflejos, reflejos en los reflejos, poros, peinados pintados pelo por pelo, reducción de la habitación entera en el iris, la vidriera del Roxy, con sus lumínicos, y en ella, la vidriera de la acera de enfrente...

Puede ser que la respuesta del traductor a la máquina no esté, pues, en la subjetivización de su trabajo, en la marca insistente de su «personalidad», sino en una *exacerbación de la exactitud, a la vez programada y paródica.* ■ S. S.

con veinte caballos, de un cuerpo de significantes a otro. Su sistema es como el de Galileo: supone una órbita circular, es decir, un desplazamiento, pero siempre a igual distancia de un centro, el centro solar del sentido.

Devoción: Este desplazamiento, fiel, es en última instancia, de orden religioso: supone que hay una verdad primera, inicial, adánica, y que ésta es accesible lejos y después del contexto en que fue escrita; el traductor confirma que hay una palabra revelada y que él, como un misionero jesuita en el Tibet, la detenta y encauza.

Hasta aquí, el arte de la traducción, tal y como lo vemos. La práctica de la traducción y su ideología pudieran subvertirse si consideramos que no hay texto original, que no hay fidelidad posible, que no hay, por una parte un lenguaje-objeto y por otra un meta-lenguaje que lo englobe y comente, que todo —desde las percepciones hasta los materiales que se emplean para escribir, sea tinta negra, seda, cuños y lacre o una olivetti

lettera 32—, que todo es ya lenguaje, que todo, aún en el interior de un mismo idioma, es ya traducción. El texto «original» sería un décalage, una separación, una diferencia entre sus versiones, ninguna de ellas considerada, por previa, como original; la misión del traductor, que nunca podría ser, como afirma la demasiado célebre frasecilla macarrónica, traidor, sería la de restituir no una palabra, un sentido, sino el movimiento de traducción, que en el interior de un idioma, engendra al texto. El traductor sería siempre un traductor de traducciones, cosa que un prejuicio afín a la frasecilla operática considera como una barbaridad.

El arte de la traducción, como se ve, es menos inocente de lo que parece. Existe para confirmar una *filosofía del origen*, una manía de la precedencia y de la prioridad, manía que, paradójicamente, gracias a la fidelidad de algunas traducciones, como las de Hiuan-tsang, el occidente comienza a criticar, a olvidar.